



Open Access Repository
www.ssoar.info

La universidad pública: esencia, misión y crisis

Kaplan, Marcos

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Kaplan, M. (2000). La universidad pública: esencia, misión y crisis. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 44(177-8), 101-133. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2000.177-8.48945>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

gesis
Leibniz-Institut
für Sozialwissenschaften

Mitglied der

Leibniz-Gemeinschaft

Diese Version ist zitierbar unter / This version is citable under:

<https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-59613-1>

La universidad pública: esencia, misión y crisis

MARCOS KAPLAN

Resumen

En este **artículo**, el autor se cuestiona sobre qué tipo de universidad queremos ser, cómo y por qué. En primer lugar, aclara, tenemos que recordar que la universidad es resultado de un complejo proceso histórico que involucró a todos los sectores sociales (económicos, **religiosos**, culturales, políticos, **etcétera**). En segundo lugar, la universidad es en sí misma una **fuerza** transformadora que promueve cambios en la sociedad con el poder del conocimiento.

El autor concluye que la noción de autonomía universitaria debe significar libertad de cátedra y pensamiento, rechazando cualquier idea de exclusión o discriminación. **Después** de todo, la universidad es un producto social y como tal debe **interactuar** con su realidad inmediata y **mediata**: de las ideas a las acciones **sólo** hay un paso, pero este paso debe darse prudentemente.

Abstract

In the **article**, the author questions the type of university one **may** expect the Universidad Nacional Autónoma de México to be, how and why. In the **first** place, he says, we **have** to remember that a university is, in **itself**, the result of a complex **historical** process **involving all** social **classes** (**economic**, religious, cultural, political. **etc.**). Secondly, a university by itself is a transforming **force promoting change** in society **through** the power of **knowledge**.

The author concludes that the notion of university autonomy must mean freedom of teaching and thought, **rejecting all** exclusionary or discriminatory ideas. **After all**, a university is a social **product** and, as such, it must **interact** with its **mediate** and immediate **reality**: ideas and actions are **only** one step away from each other, but this step must be taken cautiously.

Un conflicto de muchos meses ha paralizado a la Universidad Nacional Autónoma de México y parece, hasta el momento de escribir este texto (octubre de 1999), no tener miras de terminar. La duración y gravedad del conflicto intensifican y profundizan de manera y en grado sin precedentes, el debate de larga data sobre la universidad pública nacional, primera institución de educación superior, ciencia y cultura de México. En diferentes aspectos y niveles, y con variables alcances, el debate se refiere a la naturaleza, las funciones y las tareas de la universidad y su crisis, en sus contextos nacional e internacional. Por lo mismo, debe referirse **ineludiblemen-**

te al proyecto nacional de desarrollo y al proyecto universitario, en la medida que existen, y a sus interrelaciones y sus crisis.

Las cuestiones centrales a este respecto son: ¿qué universidad se quiere y se busca? ¿Para el logro de qué fines, por el uso de cuáles medios, y con el desempeño de qué funciones y papales? ¿Para qué tipos deseables de sociedad y Estado? ¿En relación con qué proyecto nacional y con qué camino y estilo de desarrollo?

La definición y la atribución de la esencia y la misión de la universidad para el desarrollo general integral del país y para el avance de la cultura, la ciencia y la educación superior, requieren tener en cuenta los rasgos y funciones que le han sido y le deben ser consustanciales, a partir, y a través, de su evolución histórica.

Una visión de la universidad surge y evoluciona originariamente en el mundo euro-occidental-atlántico de la Baja Edad Media y los comienzos de la modernidad, se proyecta luego mundialmente y, con modalidades específicas, es incorporada a los desarrollos históricos de México y demás países latinoamericanos que la adaptan y transforman en función de sus realidades, características y requerimientos.¹

La universidad es resultado y parte del progreso general de la modernidad, que desde la Baja Edad Media y durante varios siglos se despliega en Europa occidental en los contextos configurados por la emergencia y avance del Estado nacional, el capitalismo, la industrialización, los conflictos de clases, grupos e instituciones, los cambios y conflictos culturales-ideológicos y políticos, la democratización (como totalidad compleja y como proceso), la internacionalización de la economía y el sistema político interestatal.

Pese a la diversidad y complejidad de sus factores y componentes, nunca llega la universidad a ser mero flujo o producto de otras fuerzas y estructuras, ni simple instrumento de una clase, institución o poder. A la inversa, tampoco ha sido mera sede de un saber desencarnado, de una especulación abstracta, de una producción y distribución rutinarias de conocimientos, ni de una libertad académica renuente a cualquier compromiso, al margen de fuerzas, dinámicas y situaciones históricas concretas.

¹ Para un tratamiento más amplio, véase Marcos Kaplan, *Ciencia, sociedad y desarrollo*, México, UNAM, 1987; Marcos Kaplan, *Universidad Nacional, sociedad y desarrollo*, México, ANUIES, 1996.

A través de condicionamientos de todo tipo, la universidad se ha ido desarrollando y actuando con el control y a favor de élites dirigentes y grupos dominantes, pero también bajo la presión y la influencia de grupos intermedios, subalternos y dominados. Ambos elementos y movimientos polares han estado presentes y han operado como relaciones contradictorias de la universidad con una amplia gama de fuerzas y estructuras, de conflictos y procesos de la sociedad y del Estado, incluso elementos en emergencia, más o menos espontáneos, imprevistos y creadores. Como resultante, la universidad ha ido evolucionando en el tiempo, en cuanto a la definición de su naturaleza, de sus fines y medios, de sus funciones y papeles; al grado y al contenido de su autonomía y de su universalismo; a la pluralidad contradictoria y con frecuencia conflictiva de sus posibilidades y de sus resultados.

La ambigüedad inherente se ha ido revelando a partir, y a través, de su implicación en los grandes conflictos socioculturales, ideológicos y políticos, en su periplo eurooccidental y en su trayectoria latinoamericana y mexicana. Así, la universidad ha podido identificarse o ser identificada como sede del conservadurismo y el tradicionalismo, o de la modernización, la innovación y hasta la insurgencia (reformista o revolucionaria); con la defensa y legitimación del orden y los poderes, o con su crítica e impugnación; con el oscurantismo y el irracionalismo, o con la racionalidad, la ilustración y la emancipación (individual y colectiva).

Esto ha impuesto a la universidad y a muchos de sus miembros, especialmente en ciertos países y momentos, la predisposición a favor del autocuestionamiento; en contra del tradicionalismo, del autoritarismo y de la especialización parcelante y deformante, y en pro de la búsqueda del desarrollo integral del individuo y de la comunidad para una vida mejor y un progreso de la sociedad y la historia. De allí otra vez la relación necesariamente contradictoria y ambigua entre la universidad y sus intelectuales, la conciencia crítica y la cultura, por una parte, y por la otra, la sociedad y algunos de sus principales grupos al sistema político, el Estado y su soberanía.

En esta dialéctica histórica se dan las posibilidades de paralelismo, de entrelazamiento y de convergencia, o bien de distanciamiento, divergencia y conflicto, entre universidad y democracia. La

universidad ha sido y es parte del proceso de democratización en el Primer Mundo euro-atlántico, pero también del colapso del Segundo Mundo, del estatismo burocrático-colectivista, en América Latina y México. La democratización como proceso sin **determinismo** fatalista, sin finalidad predeterminada ni estación de llegada, se proyecta hacia la universidad que, a su vez, la interioriza, la incorpora a su propio potencial democrático; produce sus contribuciones específicas; la devuelve hacia la sociedad y la política, el Estado y el camino o el estilo de desarrollo.

Desde la modernidad, intelectuales y universidades van elaborando una concepción de la educación superior como condición de preparación para la realización de la libertad, la igualdad, la capacidad racional de toda persona y ciudadano; el derecho de y para todos; la necesidad y posibilidad (actual o potencial) de participación plena. La universidad debe tender a ser de y para todos, y no de y para élites privilegiadas y grupos dominantes. No debe reducirse a la impartición de un conocimiento puramente teórico y contemplativo, a la revelación de verdades eternas, ni al mantenimiento del **status quo** como valor en sí mismo.

La educación superior debe ser ampliamente distribuida, porque es apropiada para todos los seres humanos como personas libres y racionales, capaces de pensamiento crítico, ético y práctico. Lo anterior presupone y exige la aceptación de los principios socráticos y de autocuestionamiento de la propia vida, y de mantener la sospecha de la propia ignorancia, así como el desarrollo y ejercicio de la capacidad de estudio, asimilación y desarrollo de concepciones científicas y tecnológicas, éticas, sociales y políticas. La educación superior debe formar, conservando un papel activo en el proceso, a ciudadanos capaces de gobernar sus propias vidas de manera reflexiva y ética, y de buscar y aplicar mejores teorías y soluciones (científico-tecnológicas, económicas, sociales, culturales, políticas), todo convergiendo en un sentido de participación crecientemente ampliada. Eso debe tener prioridad sobre todo tradicionalismo y autoritarismo de personas e instituciones, de doctrinas y textos, y sobre las actitudes y conductas de pasividad y reverencia. Implica, además, el rechazo de la especialización estrecha.

La universidad debe así tender a producir personas libres y universales, capaces de pensar, juzgar, decidir, planear y actuar por sí

mismas; de crítica y autocrítica; de autogobierno individual y colectivo; de libertad interior y de libertad social y política; de objetividad con independencia de prejuicios, localismos, provincialismos, racismos, nacionalismos y xenofobias, clasismos, sexismos, sectarismo y discriminaciones de todo tipo.

Paralela y entrelazadamente con la emergencia de esta concepción de la educación superior, en respuesta a las exigencias de la modernización, y como parte importante del proceso de secularización, ya desde la fase del Despotismo Ilustrado y sobre todo con el Siglo de las Luces, se va desarrollando el concepto y la consagración jurídica de la libertad académica. Esta es identificada como derecho civil, gozado en virtud de la ley por ciudadanos de un país que es o por lo menos pretende ser moderno, y si es posible también democrático, para la investigación científica y la innovación tecnológica, la enseñanza, la creación artística y literaria, la publicación, sin controles ni restricciones por parte de instituciones empleadoras o de fuerzas sociales y políticas. Eso incluye una especie de derecho de propiedad o tenencia de la función a cargo, como garantía de la permanencia, una vez satisfechos los concursos y periodos de prueba.

La naturaleza ineludiblemente contradictoria y ambigua de la universidad, en sí misma y en sus relaciones con la economía y la sociedad, la cultura, el sistema político y el Estado, se fue revelando claramente ya durante el siglo XIX, en la variedad de tipos emergentes en los principales países de Europa y Estados Unidos, y en las combinaciones de los diferentes papeles y funciones que se le atribuye a las instituciones educativas, en especial a las de educación superior. Todo ello para influir, desde la Independencia y la organización nacional, como posibles modelos alternativos en México y otros países latinoamericanos. En Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, y en los países que siguen sus pasos en el proceso de la modernidad, tales papeles y funciones se refieren en especial a la constitución y refuerzo de la estratificación social y de la estructura de poder, a la tecnología y la ciencia.

La educación universitaria se vuelve uno de los factores que produce y **refuerza** la estratificación social y la estructura de poder. Junto con los estilos y actividades de vida, cultura y ocio, y en mayor grado, la educación formal coronada por un certificado es modo

principal e indicador o criterio reconocibles de pertenencia a la clase alta o a la clase media con expectativas de ascenso, y por lo tanto la evidencia de un **estatus** de respeto y privilegio asegurados para los miembros o candidatos a miembros y para su progenie.

Se contribuye así a la delimitación de las clases populares; al otorgamiento de una jerarquía de exclusividad; al mantenimiento de la posibilidad de ascenso en la escala social. La educación formal indica la capacidad de proveer educación al hijo que puede posponer su obligación de **ganarse** la vida. La escolaridad mediante la educación preparatoria seguida de la universitaria y el entrenamiento profesional, se vuelve boleto de admisión a las zonas medias y altas de la sociedad, e instrumento y mecanismos de socialización de los que las integran, a través de escuelas de **élite**, en cuanto a los modos que los distinguen de los miembros de las clases subalternas y los entrenan para llegar a integrar la clase gobernante. La educación permite adquirir un perfil burgués, especialmente para aquellos que han logrado la riqueza pero no el **estatus** social y el acceso a las cumbres de la sociedad. De este modo, en la mayoría de los países europeos, desde fines de 1870 hasta 1913, se multiplica el número de alumnos de educación secundaria y se triplica el de estudiantes de universidades.

Al mismo tiempo, las presiones democráticas de las clases medias y populares obligan a las élites dirigentes, a las clases dominantes y al Estado, a mantener sistemas de entrada abierta restringiendo los costos, pero también facilitando becas y otras provisiones para estudiantes pobres. Esta apertura, sin embargo, es limitada por círculos informales que establecen exclusivismos de hecho y redes de lealtades y solidaridades entre generaciones (jóvenes y viejos) y dentro de ellas. De todas maneras, la nueva sociedad burguesa en ascenso y triunfo demuestra una creciente capacidad para proveer puestos suficientes de **estatus** razonablemente adecuado para los **educandos** producidos en cantidades sin precedentes, así como recompensas de acuerdo con sus ambiciones, en la propia educación, la banca, el comercio, el periodismo y la política profesionalizada.

Otra dimensión importante de la educación en general y particularmente de la universitaria, se vincula con la novedad histórica de la nación como idea y como realidad, el carácter no espontáneo de su emergencia y desarrollo, su carácter de ente a construir.

Crucial importancia adquieren así las instituciones capaces de producir e imponer la uniformidad y la lealtad nacionales, especialmente el Estado a través de la educación pública, el empleo gubernamental y el servicio militar.

A medida que el poder político y military el **estatus** internacional se basan cada vez más en el potencial productivo y en la capacidad científica y tecnológica, la industria va siendo penetrada por la ciencia y el sistema educativo se vuelve crucial. Desde entonces resulta imposible que un país carente de educación masiva y de una adecuada educación superior llegue a disponer de una economía moderna. A la inversa, países pobres y atrasados pero con buena educación como Suecia, logran desarrollarse.

Instituciones estatales que asumen los servicios educativos a través del trabajo de los docentes, deben proveer las calificaciones generales necesarias para el ajuste de la población en su conjunto a las nuevas condiciones configuradas por la economía capitalista, el cambio tecnológico, la sociedad urbano-industrial, el trabajo como instrumento de valorización, la imposición de legitimidad y consenso a favor del sistema y del Estado liberal. Eso incluye la incorporación de un nacionalismo impregnado de chovinismo y xenofobia, en función de las necesidades interrelacionadas de integración nacional y de enfrentamiento de la competencia y el conflicto internacionales.

La difusión de la educación primaria en el siglo XIX constituye otro gran avance de la intervención del Estado central en la vida de los pobres y las clases trabajadoras. El **currículum** elemental aumenta a las aptitudes mentales y las oportunidades sociales de trabajadores y pobres en general, lo que constituye un factor importante en el proceso de democratización. La educación elemental proporciona, además, un código para la comunicación como instrumento de integración nacional. Permite que las élites orientadas hacia el Estado y el mercado nacionales gocen de un acceso directo a los potenciales consumidores, trabajadores, contribuyentes, reclutas y votantes del país en general.

Las innovaciones burocráticas que integran la política de educación elemental o son suscitadas por ésta (cuerpos de inspectores, certificación de docentes, subsidios, asistencia obligatoria), ramifican el aparato administrativo en todo el territorio nacional y en

aspectos de la vida hasta entonces considerados fuera de la esfera pública. Se contribuye así a formar un aparato estatal a la altura de las complejidades de millones de personas, como requisito esencial para los sistemas contemporáneos de bienestar social.?

La creciente intervención del Estado en la educación, expresa una gama de preocupaciones y motivaciones generales de las fuerzas y gobiernos liberales. Éstos, por lo general, optan por un mayor control del Estado y rechazan las tendencias y formas de dominación eclesiástica. Se da una aceptación más o menos generalizada del postulado del "paralelismo general entre progreso en la difusión del conocimiento y mejora en la conducta social". Se producen o aceleran notables avances en todos los niveles educacionales como "una respuesta guiada por el Estado a los requerimientos de una sociedad industrial compleja", y a "las economías de escala posibilitadas por los patrones de vida urbana más densa".'

Más específicamente, la industrialización capitalista impulsa la división del trabajo entre una gama creciente de oficios y ocupaciones y la extrema fragmentación en el interior de la fábrica. Esto a su vez requiere que la fuerza de trabajo desarrolle

las destrezas apropiadas y las capacidades cognitivas, y una aceptación de las nuevas disciplinas y rutinas de la vida fabril. Lo segundo fue aún más necesario frente a la erosión de las formas familiares tradicionales y de los sistemas de creencias tradicionales, especialmente la religión. Subsiguientemente, el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo amplió la gama de destrezas y alteró la naturaleza de los logros educacionales requeridos de la fuerza de trabajo.

"El desarrollo de los modernos sistemas educacionales es en parte una respuesta a estas tendencias." Lo cual se dio en muchos niveles y aspectos como "una sostenida extensión cuantitativa del conocimiento y las destrezas en toda la población de los países industrializados"; como un progreso desigual, en el que algunos sectores lograron un nivel educativo sin precedentes, mientras que para

² Véase Abraham De Swaan, "Welfare state", *The Oxford companion to politics in the world*, Joel Krieger, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

³ Michael D. Biddiss, *The age of the masses*, Penguin Books, 1977, pp. 32 y ss.

otros se inauguró "un proceso de pérdida del adiestramiento, la pérdida de viejas destrezas y su reemplazo con nada sino una capacidad para ocuparse de máquinas".

Más aún, la división capitalista del trabajo social

Requiere la adaptación cualitativa de la capacidad de la mano de obra a métodos y ritmos de trabajo completamente nuevos. Un resultado ha sido una tendencia general de la educación a desarrollarse en tres etapas, que inicia en la educación de masas, pasa por la separación y extensión de la educación secundaria, y llega hasta el crecimiento de posguerra de la educación superior. La Ley de Educación de 1870 dio las bases para la conformación de las escuelas elementales en Inglaterra; en parte de Estados Unidos la educación masiva es algo anterior. Un objetivo fue integrar al proletariado, rápidamente creciente y recién dotado de derechos electorales y proporcionarle la necesaria socialización [en Norteamérica sirvió también para integrar la marea de nuevos inmigrantes a la nacionalidad estadounidense]. Consiguientemente, la escolaridad enfatizó el aprendizaje de funciones particulares, la inculcación de la autoridad y la **disciplina**.⁴

[Así] pareció claro que existían ventajas económicas y políticas vinculadas con una más amplia difusión de conocimientos por lo menos rudimentarios en las masas. En verdad, el gran progreso de la enseñanza elemental fue el más notable logro de este periodo en materia de educación. Eso requirió cumplir una tarea verdaderamente revolucionaria: suprimir el analfabetismo masivo que había sido hasta entonces una constante de la historia social europea [...]. Al llegar el siglo XX, no existía un gobierno europeo que dejara de reconocer en teoría su responsabilidad con alguna forma de sistema escolar elemental, y en las partes occidentales y centrales del continente esta disposición fue bien establecida en la **práctica**.⁵

⁴ Ian Gough, *The political economy of the welfare state*, The Macmillan Press, 1979, pp. 34-35.

⁵ Michael D. Biddiss, *The age of...*, *op. cit.*

En la educación secundaria y superior —todavía sectores disponibles sólo para relativamente pocos—, la curricula se adaptó cada vez más a las demandas sociales prácticas. Los estudios científicos y de idiomas modernos prosperaron a expensas de los clásicos antiguos. Del creciente número de escuelas preparatorias y universidades emergían ingenieros y técnicos, científicos y médicos, abogados y administradores al servicio de intrincados mecanismos de la vida moderna. En este campo, el rápido desarrollo de escuelas de alto nivel técnico en Alemania fue la respuesta más clara y eficiente a la demanda. También en un contexto político pareció deseable que las élites, viejas o nuevas, estuvieran mejor equipadas para cumplir responsabilidades cada vez más complejas, frente al impacto de aspiraciones populares a formas más democráticas de gobierno.⁶

Más específicamente, los desarrollos tecnológicos e industriales y el creciente sector terciario de trabajadores independientes o de cuello blanco, requirieron una segunda etapa de conformación de un sistema separado de educación secundaria, primero para una minoría, luego para todos. A ésta corresponden, en Inglaterra, la Ley Balfour de educación (1902), y la Ley de Educación de 1944; y en Estados Unidos hubo un avance anterior. "Nuevos métodos de control fueron también requeridos para el creciente grupo de asalariados de cuello blanco, entre quienes las mediciones directas de producción y productividad y el control directo sobre el trabajo son menos posibles que en el trabajo manual. La educación 'progresiva' y las pruebas de I.Q. [...] fueron medios para interiorizar las normas de trabajo y lograr la cooperación de las nuevas clases medias."

La tercera etapa de expansión de la educación superior y algunas de sus principales características, se vinculan también con las transformaciones de la división del trabajo. Simultáneamente ocurrió un "crecimiento masivo de la demanda de trabajos técnicos y altamente calificados y la creciente proletarización de este trabajo. El primero ha requerido un creciente nivel de educación por parte de la población escolar; el segundo la creciente especialización y fragmentación de sus conocimientos", y con ello, la condena del enfoque

⁶ Michael D. Biddiss, *idem*.

tradicional de las artes liberales de las viejas universidades en todos los países capitalistas avanzados?

Las relaciones complejas y contradictorias entre la educación y la ciencia, entre éstas, la sociedad y el Estado, los niveles de la universidad, las diferencias de énfasis y peso específico de sus principales motivaciones y funciones, las jerarquías nacionales relativas, se van modificando y se revelan ya claramente desde el siglo XIX, en la experiencia histórica paradigmática y en las especificidades nacionales de Europa (Inglaterra, Francia, Alemania) y de Estados Unidos. Se revelan también en las combinaciones de los diferentes papeles atribuidos a las instituciones de educación en sus tres niveles, algunos ya mencionados, y otros de igual o mayor importancia en relación con la constitución y refuerzo de la estratificación social y de la **estructura** de poder, y al desarrollo nacional de la ciencia y la **tecnología**.⁸ La posición de avanzada va siendo **detentada** y transferida sucesivamente por **Inglaterra**, Francia, Alemania y Estados Unidos.⁹

El modelo o prototipo originario de universidad se proyecta mundialmente y se incorpora — con adaptaciones, reajustes y desarrollos propios — en México y los otros países de América Latina, interiorizado por sus sociedades y culturas, con el desarrollo de una historia propia, con sus especificidades y capacidades, sus logros y sus frustraciones.

Prototipos y procesos de desarrollo, Estado, democracia y universidad han compartido ciertas características esenciales. Han surgido como resultado de influencias y presiones provenientes del exterior o de adecuaciones a ellas y, como tales, siempre han intentado adaptarse y han estado en retraso respecto a condicionantes externos en movimiento. Han sido prototipos anticipatorios respecto a las precondiciones que deberían haber tenido y a los contenidos y resultados que prometieron o pretendieron lograr. En sus primeras fases de desarrollo, México — como los otros países latinoame-

⁷ Ian Gough, *The political economy...*, *op. cit.*, pp. 34-36.

⁸ Eric J. Hobsbawm, *The age of capital 1848-1875*, Londres, Widenfeld y Nicolson, 1975, pp. 20-21, 41-43, 94-95; y del mismo autor, *The age of empire 1875-1914*, Nueva York, Pantheon Books, 1987, pp. 24-25, 175-179.

⁹ Joseph Ben-David, *The scientist's role in society. Comparative study*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1971, caps. 4 y 8.

ricos—, no ha tenido, del todo o en grado suficiente, y en su caso no de manera perdurable o irreversible, las versiones locales o las variedades equivalentes del Renacimiento y la Reforma religiosa, del Siglo de las Luces, del desarrollo capitalista y la burguesía independiente y conquistadora, de democratizaciones amplias y profundas, de Estado de Derecho, ni por consiguiente los múltiples **entrelazamientos** y proyecciones que esto acarrea.

A dichas carencias históricas acumulativas se agrega el hecho de que el modelo implantado de universidad se aplica en condiciones de universalismo restringido, con limitaciones y carencias notorias. En un sistema educativo que se constituye como pirámide invertida, la educación superior precede a la educación secundaria y a la primaria que, según una racionalidad lógica y científico-técnica deberían haber precedido a las primeras o, por lo menos, haber sido sus concomitantes y paralelas. Como la modernización general, la universidad ha sufrido siempre una brecha o distanciamiento entre lo que pretende y logra ser y la realidad de la que es resultado y parte, y a la que de algún modo intenta contribuir a transformar.

El macrocosmos de la economía, la sociedad y el sistema político-estatal, y el microcosmos de la universidad, sus interrelaciones e interacciones, han pasado por tres, o quizás cuatro, grandes crisis.

Una primera crisis se gesta en el tránsito de la Colonia a la Independencia y a la organización nacional. Las adaptaciones y los cambios inevitables de la universidad tradicional se producen, por una parte, en función de la inserción en el orden mundial bajo nuevas hegemonías y de exigencias y posibilidades de una nueva división internacional del trabajo bajo el signo de la primera Revolución Industrial y de la economía mundial capitalista. Se producen, por otra parte pero en interrelación con lo primero, respecto al camino y estilo elegidos de desarrollo agrominero-exportador; a las formas de crecimiento dependiente y modernización superficial; a una sociedad polarizada y rígida; al sistema político-estatal de tipo elitista-oligárquico.¹⁰

A esta etapa y su crisis corresponde una universidad insuficiente y desigualmente desarrollada, aislada y tradicionalista, restrictiva

¹⁰ Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, 3a. ed., Buenos Aires, Amorrortu, 1983; Marcos Kaplan, *El Estado latinoamericano*, México, UNAM, 1996.

en sus enfoques, tendencias y prácticas, insatisfactoria en su humanismo y en su componente científico, en su productividad y su eficiencia, más conservadora y reproductora que **creativa e innovadora**.

Los síntomas y componentes de esta primera crisis se vinculan con la lucha entre grupos liberales y conservadores, demócratas y oligárquicos, centralistas y federales, y entre formas prácticas tradicionalistas y dogmáticas, por una parte, y modernizantes, **racionalistas** y democratizantes por la otra. Divergencias y conflictos entre estas fuerzas y tendencias se dan en todos los niveles y aspectos de la realidad y el desarrollo, y también específicamente en la educación, la investigación científica, la innovación tecnológica, las prácticas profesionales en derecho, medicina, ingeniería, y en historia y las formas **larvadas** de economía, sociología y ciencia política. Esta fase de crisis y reajustes se va dando sobre **todo** en el mediano y largo plazo, pero tiene además momentos significativos o culminantes.

Inaugurada en vísperas del desplome del Porfiriato, la Universidad Nacional de México comienza por reflejar algunas de sus características, tendencias y contradicciones. En su creación, conformación y modos de funcionamiento, convergen el positivismo (Justo Sierra); el espiritualismo (Ateneo de la Juventud, Antonio Caso, Pedro Hernández Ureña); el elitismo conservador-modernizante (Científicos); el sentido laico, nacional y público; el autoritarismo y la libertad de pensamiento; el prototipo alemán y el francés. De la universidad se espera la nacionalización de la ciencia y la universalización del saber, la atención a las necesidades de la sociedad, la promoción del crecimiento económico y el desarrollo cultural de la nación, la formulación y la coordinación de las "directrices del carácter nacional", y también su instrumentación como emblema y ornato del régimen porfirista.

Esta creación institucional cabalga entre la primera crisis y una segunda que es parte de una fase de transición dada en los principales países de América Latina, con especificidades para México. La misma corresponde ante todo a las transformaciones de los centros desarrollados y del sistema internacional, con la segunda Revolución Industrial y científico-tecnológica, las grandes luchas por la hegemonía mundial, la decadencia de Europa y el ascenso de Es-

tados Unidos, Japón y la URSS. Corresponde también, en México y América Latina, a las primeras señales de insuficiencia y estancamiento del camino y estilo tradicionales de desarrollo; a la ampliación y profundización de los cuestionamientos y conflictos sociales e ideológicos; al aumento y diversificación de los actores, prácticas y productos culturales; a una primera ola de impugnación al régimen elitista-oligárquico, y a cierta democratización entre formal y real en el sistema político y el Estado. La transición se ejemplifica en las especificidades nacionales, con los gobiernos de clases medias (el **battlismo** en Uruguay, el radicalismo en Argentina, el **alesandrismo** en Chile); la Revolución Mexicana; en Brasil con el surgimiento y crisis de la república oligárquica, el movimiento de los tenientes y el ascenso y triunfo del varguismo; la Reforma Universitaria; el surgimiento y avance de la Alianza Popular Revolucionaria en Perú.

En México, la transición corresponde al desencadenamiento y triunfo de la Revolución de 1910; a la constitución de una nueva élite político-administrativa; a la emergencia de nuevas clases (burguesía, capas medias, trabajadores urbanos); a la redefinición de la hegemonía en lo interno y de las relaciones con las potencias; a la construcción del Estado y del sistema político posporfiristas; a las alternativas conflictivas en la definición de las nuevas estructuras del sistema de poder, así como de las opciones que configuran un camino y estilo de desarrollo, y de las reformas previas o constitutivas de las nuevas orientaciones.

Manifestación específica de esta fase es, en los principales países de América Latina y en México, el movimiento de Reforma Universitaria que, en sí mismo, en sus logros y proyecciones, pero también en sus limitaciones, representa un replanteamiento acerca de la naturaleza y de las funciones de la universidad; su organización y modos de operación; sus tareas y relaciones con el Estado, el sistema político y la sociedad, y sobre el camino al desarrollo. Más particularmente, la Reforma Universitaria se identifica con un cambio significativo en el reclutamiento y la formación de élites públicas y privadas (culturales, ideológicas, socioeconómicas, políticas, burocráticas). A la vez producto y coproductor de la crisis general y de la crisis de la institucionalidad educativa, intento de respuesta y de solución a las mismas, la Reforma introduce cambios considerables en la universidad misma, pero se proyecta además hacia el ám-

bito político; por ejemplo, en el partido oficial y en los intentos de construcción de otros partidos, en el sindicalismo y en la definición y ejercicio de las funciones culturales e ideológicas del Estado.

Desde 1910 y por varias décadas, la Universidad Nacional se ve arrastrada por un torbellino de procesos y conflictos, en el periodo revolucionario y en el que le sigue. Sobre todo desde 1920 hasta 1945, se da una etapa de relaciones, contradictorias e incluso conflictivas, entre la universidad y el poder político. De 1945 hasta la década de 1960 se configura una fase de estabilización y armonización relativas de las relaciones que — como se verá — desembocará en una tercera crisis, a veces latente, a veces abierta, de todas maneras quizás endémica, de la cual el actual conflicto (octubre de 1999) es el último avatar.

La Universidad Nacional ante todo, y el sistema de educación superior en su conjunto, han conocido en los últimos decenios una expansión y una diversificación considerables, con realizaciones y éxitos, pero también con restricciones y desajustes, retos y crisis. Unos y otras se originan y retroalimentan, se acentúan y proyectan por la acumulación de viejas y nuevas demandas que resultan — directa o indirectamente — del entrelazamiento de dinámicas internas y externas. En lo externo, es la constelación constituida por: la concentración y polarización del poder a escala mundial; la mutación en los centros desarrollados que se identifica con la tercera Revolución Industrial-Científica; la emergencia y avance de un nuevo patrón de acumulación y de un nuevo paradigma tecnológico-productivo; el creciente avance y predominio de la transnacionalización y la nueva división mundial del trabajo (NDMT). Esta constelación de fenómenos y procesos trae consigo aparejadas exigencias de reubicación de México y de América Latina en un sistema internacional de interdependencia asimétrica, en acelerada evolución y complejización creciente.

Por otra parte, en lo interno, la nación se ve afectada por las vicisitudes, los requerimientos y los costos de un desarrollo desigual, cada vez más reducido al crecimiento y modernización de tipo neocapitalista-periférico, con los correspondientes y entrelazados cambios y conflictos sociales y políticos de todo tipo. Aquellos convergen para afectar la situación y posibilidades de la Universidad Nacional y de la educación superior en su conjunto, en México y

América Latina, y en las de la cultura, la investigación y la innovación.

La Universidad Nacional de México (al igual que en otras de América Latina) se expande y diversifica. Acumula demandas, responsabilidades y tareas; transita de la educación superior para minorías, a otra marcada por la masificación con crecientes restricciones en los recursos y posibilidades, y por tensiones y conflictos de todo tipo. La universidad se desarrolla asimismo y se proyecta hacia la sociedad, la cultura y el sistema político; va acuinulando funciones y poderes.

En este contexto y dentro de este proceso, de manera en gran medida espontánea, de hecho y sin plena conciencia de ello, la universidad multidimensional y multifuncional se constituye y desarrolla como poder, polo productor y eje **difusor**, en términos a la vez culturales, científicos, ideológicos, sociales y políticos. Adquiere y desarrolla la capacidad de contribuir a producir y garantizar condiciones de relativa autonomía y libertad académica, lo cual se da en varias dimensiones fundamentales y en sus entrelazamientos.

En primer lugar, la universidad se concibe y actúan según un ideal educativo o ***Paideia***, un poder espiritual de papel emancipador. Se asume como sede de la razón, de la búsqueda de la verdad —por una comunidad de cultura que forman maestros y **estudiantes**— mediante la investigación, la innovación, la producción y difusión de conocimientos y cultura, la formación de intelectuales, profesionales y especialistas, la elaboración de elementos y modelos culturales e ideológicos. La universidad en parte se propone y en parte logra, por su mera existencia y sus influencias directas e indirectas, la formación de personalidades inteligentes, autónomas y **creativas**, capaces de conocimiento y desarrollo, para el logro de alguna variedad de sociedad deseada, no realizada, pero esperada y posible.

En su papel de emancipadora intelectual y moral, la universidad se reafirma como espacio de libertad, de humanismo y universalismo, con una doble dimensión de autonomía y de libertad académica. **Al** reconocerse y ser más o menos reconocida como poder espiritual y cultural, la universidad crea y expande su propio espacio de libertad y va siendo condicionada por su propio universalismo. Salidos de clase y grupos diferentes, profesores y estudiantes **tien-**

den a pensar, a enseñar, a investigar, a aprender, en función de una conciencia racional y científica y de un pensamiento crítico, en potencial o efectiva contraposición y hasta conflicto, con ideologías dominantes, discursos y patrones tradicionales y rígidos. Esta tendencia va siendo **retomada** y reforzada, en grados variables y hasta cierto punto, por los proyectos de poder de diferentes grupos intelectuales y por la conversión de la universidad en un fenómeno de masas y en una arena y actor de la política.

En estos y otros aspectos, la universidad contribuye a producir y a reforzar una actitud de distanciamiento, de examen crítico, de análisis, respecto a la naturaleza, a la sociedad y al Estado. Difunde actitudes y prácticas de interrogación, de disidencia o de rechazo respecto a todo lo que sea cultura tradicional, sacralizada, represiva o conformista. Representa una oposición virtual o efectiva al congelamiento y la esclerosis que resultan del autoritarismo, el **dogmatismo** y el sectarismo.

En segundo lugar y a la inversa, el ideal universitario no puede sino encarnarse y desplegarse en formas reales, bajo los **condicionamientos** y determinaciones de la sociedad y del Estado. No puede surgir ni existir sino como institución que forma parte de un sistema educativo que debe reconocer una gama de demandas culturales, sociales y político-estatales, los correspondientes fines y funciones, y admitir límites, todo ello proveniente de los principales actores, niveles y aspectos del sistema.

Ante todo, en tercer lugar, la universidad es siempre parte del proceso de reproducción y cambio sociales. Opera como instrumento de selección y distribución de estudiantes, profesores e investigadores, y de fijación de los supuestos, lineamientos y contenidos de sus actividades. Contribuye a la organización de los controles del saber, en cuanto a su producción y su contenido, a su distribución y a su uso. Realiza una indexación y una legitimación del conocimiento y de sus productores. Todo ello implica un ordenamiento jerárquico de poderes, universitarios y extrauniversitarios. La universidad tiene un papel crucial en la producción y la reproducción de jerarquías cognoscitivas y sociales, en la estratificación y la movilidad del sistema sociocultural y político.

La universidad es así instrumento de selección y distribución de los individuos (estudiantes, docentes, investigadores, **difusores**, pro-

fesionales, administradores), hacia posiciones diversificadas de actuación, de efectividad y de logro. Esto se realiza según capacidades, talentos, méritos y desempeños, y en distintos grados de diferenciación e incluso de contraposición con los procesos y patrones de selección según estructuras de clase y de poder.

En cuarto lugar, este papel **selector** y distribuidor es modelado y calificado por la idea democrática. La universidad asume extender al nivel superior la reivindicación de la educación universal, gratuita y obligatoria, a la vez derecho de todos, finalidad de la nación, obligación y necesidad del Estado. Todos tienen en principio derecho a la educación universitaria, porque todos tienen derecho a volverse más inteligentes y a lograr el más alto grado posible de desarrollo personal. La educación es percibida, además, como condición de acceso a formas superiores de empleo, trabajo, ingreso, bienestar, vida útil y productiva; al ascenso social; a las aptitudes para la participación social y política. Con ello, las funciones de la universidad pública articulan, de diferentes modos, la reivindicación democrática y las preocupaciones pragmáticas.

En quinto lugar, el acceso a la educación universitaria permite y requiere la participación de la universidad en el crecimiento y en la modernización, en la industrialización, el avance científico y tecnológico y, a lo largo, en el desarrollo integral y adquisición de capacidades nacionales y sectoriales para la integración internacional. Se refuerzan así las demandas de profesionalización, de especialización y de incremento del componente científico y tecnológico en la docencia y el aprendizaje, en la investigación, la innovación y la cultura.

A la universidad pública se le pide, y ella cumple en grados variables, funciones, tareas y resultados que un desarrollo integral, hasta hoy frustrado, debería haber producido o incorporado como condiciones y componentes. Crecimiento y modernización, eventualmente desarrollo, pero en cualquier caso integración en las condiciones más favorables que sea posible en la globalización, implican marchar hacia una sociedad de componentes científicos y tecnológicos. Es decir, una sociedad primordialmente **urbano-industrial** en la cual se incrementen la inversión, el consumo, la producción, la productividad y la expansión del excedente económico. Esto presupondría y requeriría patrones correspondientes de **per-**

sonalidad, conducta, actividad, trabajo y vida cotidiana; suscitaría problemas, necesitaría soluciones y prácticas, unos y otros mediados e impregnados por la ciencia y tecnología.

Crecimiento y modernización, y más aún un posible desarrollo integral, requieren la incorporación de la mayor parte posible de la población a una racionalidad más alta, por y para la disponibilidad y el uso de instrumentos, mecanismos, normas, de tipo cultural, científico y tecnológico; su interiorización por un número creciente de personas, más sensibilizadas, conscientes y orientadas respecto a la ciencia y la tecnología. La universidad es protagonista central insoslayable en la indispensable creación de un medio ambiente sociocultural que amplíe e intensifique la creatividad cultural, científica y tecnológica y la incorporación de actores, estructuras y procesos a los mejores patrones y prácticas de la civilización contemporánea que se van perfilando en el horizonte histórico."

Más específicamente, crecimiento y modernización necesitan ineludiblemente y en grados variables, pero aun insuficientes, suscitar la profesionalización, la especialización, la tecnificación, la difusión de la ciencia; el aumento de ocupaciones con más preparación científica o más condicionadas por patrones científicos y técnicos; la disponibilidad de conocimientos sistematizados para la enseñanza, el aprendizaje y el ejercicio de las profesiones.

En sexto y último lugar, pero no menos importante, la universidad es llevada ~~a~~ sabiendas o no, de buen o de mal grado — a cumplir funciones políticas. El ideal educativo con el cual se identifica no puede significar enclaustramiento, neutralidad o indiferencia ante los problemas de la sociedad y de la política. No puede renunciar a su poder espiritual, a sus funciones de investigación, crítica, formación y proposición. Tiene, además, un papel de gratificadora de las aspiraciones de un número creciente de personas y grupos, al mejoramiento económico, al ascenso social y cultural, a la participación política, en términos de realizaciones y logros personales y de grupo y de la sociedad nacional. Estas aspiraciones apuntan también al logro de más inteligencia e información, y de mayor ca-

¹¹ Véase al respecto los siempre vigentes análisis de José Medina Echeverría, *Filosofía, educación y desarrollo*, México, Siglo XXI, 1967.

pacidad para el otorgamiento (o el retiro) autónomo, racional y crítico, de legitimidad y consenso respecto al orden social y político.

La creciente importancia de la universidad contribuye a volverla campo y objeto de competencia social y política, arena y **botín**, para élites y contra élites, y para distintos grupos significativos, en relación con el control y uso de recursos y posibilidades. La universidad se convierte en sede de fenómenos políticos, de aprendizaje para la acción y para el logro y ejercicio de poderes de índole política. Se ve, además, obligada a dar diferentes respuestas (negativas, positivas, alternativas) a la politización de la sociedad y de sus principales grupos. Sociedad, grupos e instituciones, plantean problemas a la universidad, le ofrecen y tratan de imponerle soluciones, le dan y le piden conocimientos, críticas, ideologías y opciones (académicas, ideológicas o políticas).

La Universidad Nacional ha evidenciado largo tiempo su capacidad para los avances y los logros, para la satisfacción de variedad de demandas. Polocentral y eje articulador del sistema de educación superior, se ha vuelto institución fundamental en la sociedad y en el Estado. Ha tomado a su cargo la formación de profesionales y especialistas con vocaciones en la docencia, la investigación, la innovación, la cultura, la empresa pública y la privada. Un cierto predominio de la educación formal para producir una masa de profesionales, ha ido acompañado por el desarrollo de una considerable infraestructura y una intensa actividad, en la investigación científica y la innovación tecnológica; de centros de excelencia académica; de procesos y logros de incorporación y adaptación, pero también de creación interna, de conocimientos científicos y tecnologías avanzadas. La Universidad Nacional asume funciones de creación, reproducción ampliada y difusión de la cultura nacional, de su historia e idioma, su arte y literatura, y focos y acervos correspondientes (laboratorios, editoriales, bibliotecas, hemerotecas, archivos, museos, órganos de difusión y debate).

La Universidad Nacional ha tratado de garantizar el pluralismo en cuanto a ideologías, tendencias, opciones, y en cuanto a la indispensable libertad de cátedra, de investigación y creación. Su potencial de pensamiento crítico se ha desplegado en la investigación y análisis de la realidad, los diagnósticos de sus problemas, la propuesta de opciones y caminos de solución. La capacidad crítica,

creativa y de oferta de proposiciones se ha aplicado en y para sí misma, pero al mismo tiempo también en relación con la economía, la sociedad, el sistema político y el Estado, el espacio latinoamericano y el orden internacional.

La Universidad Nacional ha cumplido en todo ello funciones y tareas que las instituciones privadas no han querido o no han podido cumplir (por ejemplo, en materia de investigación científica, innovación tecnológica y creación cultural); ha formado recursos humanos para aquéllas, para la vida política y para el Estado. La casi totalidad de la investigación científica y parte considerable de la innovación tecnológica siguen estando a cargo del Estado y el sector público y, dentro de ellos, en considerable medida, de la Universidad Nacional.

La Universidad Nacional, finalmente, ha hecho y hace contribuciones a las posibilidades y realizaciones de movilidad y cambio sociales y de democratización política.

Presionada la universidad por demandas múltiples y contradictorias, sus notables realizaciones se entrelazan con las limitaciones y desajustes que alimentan y configuran su crisis. Tales limitaciones provienen del sistema educativo general, y de sus **entrelazamientos** con tendencias restrictivas y deformantes en la cultura, la economía, la sociedad y la política; su hostilidad hacia una cultura y una ciencia autónomas y creativas, y hacia una Universidad Nacional potencial o efectivamente capaz de protagonismo en éstas y otras dimensiones.

La universidad encuentra dificultades en el diseño y aplicación de un proyecto académico propio, que **redefine** su naturaleza y sus funciones, sus fines y sus medios, y que se articule de modo congruente e interactivo con lo que intenta o resulta ser un proyecto histórico de desarrollo nacional. Esta insuficiencia se manifiesta o se proyecta en ciertas formas o aspectos inadecuados del gobierno y la administración, de la dirección y planeación de la institución académica; en la disociación entre actividades universitarias, y entre éstas y grandes tendencias, problemas y actividades de la ciencia y la cultura, de la economía y la sociedad, de la política y el Estado.

La proliferación acumulativa de demandas **contradictorias**, a la vez, expresa y reproduce la masificación de estudiantes, profesores

y trabajadores administrativos, y en retroacción se ve reforzada por ella. Crecimiento demográfico y económico, modernización, alza de los niveles de aspiración, procesos de democratización, tendencias al igualitarismo, confluyen en forzar la apertura de la universidad a las capas urbanas y medias. La universidad pública es vista como canal de supervivencia y ascenso para grupos considerables que esperan satisfacciones en el empleo, la carrera, el ingreso, el consumo, el rango y la participación en el poder. Estas satisfacciones no parecen prometidas ni garantizadas en los otros aspectos y niveles de la sociedad y de la praxis individual y social. Una presión irresistible en favor de la educación universal y del ingreso **irre-**stricto a la universidad, encuentra aquiescencia en un Estado que no puede ignorar esta demanda y que asume una conexión entre educación, por una parte, y prosperidad, poder y prestigio nacionales por la otra. Se prefiere o acepta una educación superior con insuficiencias e inadecuaciones, frente a otra de mayor calidad pero menos disponible lo cual redundará en el aumento espectacular del número de estudiantes y de las dimensiones de las instituciones educacionales. Fracasán los diques de contención que se intenta erigir.

Las limitaciones impuestas por las fuerzas y estructuras tradicionales, la desaceleración o la regresión del crecimiento, la reducción de las funciones y papeles del Estado, el viraje general a favor de la desestatización y la privatización, no son compensadas por la inadecuación, las insuficiencias y los inconvenientes de un mercado al que se erige en actor fundamental de regulación y arbitraje. Las crisis nacionales e internacionales convergen y se entrelazan para mermar las posibilidades de ingreso, de formación satisfactoria, y luego en las oportunidades de alcanzar la graduación. La contradicción entre demandas crecientes de educación superior y recursos menguantes para satisfacerlas, junto con el consiguiente desvanecimiento de esperanzas de ascenso social mediante el estudio y la profesionalización, crean o refuerzan fenómenos y tendencias de conflictividad en el seno de la universidad. Surge y crece la categoría de ***lumpen*** intelectual o ***lumpen profesional***, compuesta por aquellos a quienes se les da la ilusión sobre todo y poco o nada la realidad, de una formación y de una carrera académico-profesional, y del derecho por capacidad y **estatus** profesionales al empleo, al

ingreso, al rango, al consumo, a la realización personal y a la participación social y política.

Masificación, pauperización, *lumpenización intelectual* y profesional, adquieren una dimensión política como crítica o rechazo al modelo socioeconómico y político prevaleciente. Por una parte y positivamente, la Universidad Nacional se convierte —aunque en grado y con intensidad insuficiente— en centro de examen y debate de los problemas nacionales internacionales; de producción y confrontación de ideas, valores, formas alternativas de desarrollo, crítica e impugnación, agitación ideológica y organización política.

Por otra parte y negativamente, la universidad de masas, turbulenta, conflictiva y en todo caso problemática, es objeto de interferencia~manipulaciones e instrumentaciones; de luchas entre élites y contra élites intelectual-políticas que, en función de sus particulares intereses y fines, manipulan de diferentes maneras a las bases universitarias como objeto-víctimas. La universidad se convierte en arena y botín de forcejeos y combates por el valor político que adquiere, incluso por su conversión en plataforma de lanzamiento a la carrera política nacional.

La hiperpolitización se corresponde y entrelaza con fenómenos de superideologización. Una y otra implican formas de alienación de la universidad, de su automistificación y de su mistificación por otro. Lo universitario corre el peligro de subsumirse, de modo artificial, en la política y la ideología, en subordinación a ellas. Se multiplican las fuerzas y tendencias de diverso signo que, en sí mismas y en sus contenidos y acciones, en sus conflictos y en sus convergencias, por sus capacidades de proliferación e impregnación, resultan desfavorables a la cultura y la ciencia, a la autonomía y creatividad de la universidad. Las ideologías prevalecientes comparten grados variables de irracionalidad y regresión.

Así, de manera simplificada, en un extremo de un escenario que tiende a la polarización, actores y formas del elitismo y el burocratismo, se caracterizan por la rigidez, la inadaptabilidad, el *seudoenclaus-tramiento* y la *seudoneutralidad*. Su ideología cientificista y *tecno-burocrática*, expresa y promueve el sometimiento pasivo al contexto socioeconómico y político dado como un parámetro inmodificable a un único camino de crecimiento; al aparato productivo tal como ha resultado de la industrialización sustitutiva, primero, y para

la exportación luego; a las coacciones de la transnacionalización, la globalización y la nueva división mundial del trabajo; a la modernización por enclaves aislados y en extraversion creciente.

Desde este polo, parece privilegiarse la formación de recursos humanos especializados de acuerdo con las señales y coacciones estimulantes o disuasivas que provienen de los centros desarrollados mundiales para la importación, la imitación, la adaptación pasiva, de los productos culturales, científicos y tecnológicos que provienen de aquéllos; la postergación o la renuncia de los prerrequisitos y los objetivos de la creatividad cultural y la investigación y la innovación autónomas.

En el polo opuesto, variedades del nacional-populismo, de la izquierda autoritaria y dogmática, y de las hibridaciones entre uno y otra, despliegan actitudes y prácticas ideológicas y políticas que se caracterizan por la irracionalidad, la destructividad y el carácter regresivo. Se postula la posibilidad la conveniencia de comenzar lo que de modo más o menos confuso o ambiguo se define como "la revolución" en la universidad para proyectarla luego a la sociedad. Se despliegan actitudes y prácticas pretendidamente reformistas o revolucionarias, de tipo simbólico y escapista. Se intenta la crítica incondicional y el ataque sistemático a un Estado al cual se reclama simultáneamente la autonomía y el financiamiento de la universidad. Cultura y universidad son visualizadas como negativas, parte del sistema que debe ser transformado o destruido. A los intelectuales se los percibe e imputa estar apriorísticamente afectados por un pecado de origen, que sólo puede ser redimido por determinadas variedades de **politización** y la sumisión a grupos y aparatos **político-ideológicos** (internos y externos). Una enorme masa de energía (física, emocional, intelectual, política) se disipa en actividades internas a la universidad, en parte ilusorias y en parte masificadoras, en gran medida destructivas y autodestructivas.

Intereses (legítimos o **inconfesables**), demandas insatisfechas, conflictos de difícil o imposible solución dentro de la Universidad Nacional, por provenir sobre todo de la sociedad y del sistema político, la penetran, la cargan con tensiones y conflictos de todo tipo. A su vez la Universidad Nacional las incrementa e incorpora en sus grupos, estructuras y procesos internos. Intereses y políticas exteriores a la universidad se infiltran a **b i e r t a o clandestinamente**—

en el debate y la solución de sus problemas específicos y en el desenlace de sus conflictos.

Los enfrentamientos ideológicos y políticos con frecuencia expresan, de modo más o menos enmascarado o refractado, las luchas por feudos, mandarinatos y caciquismos, y sus manejos de clientelas. Élite y contra-élite, camarillas y facciones, no desdeñan el recurso al canibalismo académico, al terrorismo ideológico, a las prácticas autoritarias, intolerantes e inquisitoriales. Diferencias y disidencias son vistas y tratadas como enemigos y peligros. La violencia (represiva o disidente, física o simbólica), es mitificada y privilegiada como método de manejo de problemas y conflictos. Diferentes instrumentos y mecanismos son utilizados por la lucha por posiciones escasas y recursos insuficientes, para el logro de bases, alianzas, clientelas y fuerza política.

Hiperpolitización, superideologización, radicalización, generan o refuerzan una polarización falsa que termina por volverse real, entre las propuestas de universidad elitista y adaptativa, por una parte, y universidad-pueblo, militante, revolucionaria en sí misma y base para la revolución fuera de ella, por la otra. Las fuerzas constitutivas de ambos polos y sus acciones, llevan a consecuencias negativas y destructivas. Crean obstáculos a la libertad de cátedra e investigación, a la práctica de la razón y de la duda metódica, y contribuyen a la irregular y desnivelada calidad de lo que se hace. La universidad pierde una parte de su autoridad espiritual y cultural que es, en última instancia, su único o principal peso político y la mejor garantía de su autonomía.

A las tendencias destructivas dentro de la universidad pública corresponde la manipulación desde el entorno, a partir, y a través de los problemas, conflictos y situaciones críticas, y manifestadas en diversas formas y tendencias.

Las crisis y condiciones macroeconómicas adversas, dentro y fuera del país, unidas a la intensificación de la competencia por recursos públicos cada vez más insuficientes entre clases, grupos, sectores, funciones y objetivos, convergen en la intensificación y aceleración de la descapitalización, del deterioro de los ingresos de docentes e investigadores y de los recursos para servicios educativos, de investigación, innovación y difusión. La consiguiente desmoralización y apatía en la universidad pública contribuye y retroalimen-

ta la fuga interna de cerebros (hacia la universidad privada, el sector público, la empresa), y la fuga externa.

La crítica al deterioro en la imagen de la universidad pública combina elementos en parte reales y demostrables, en parte proyecciones de sesgos e intereses particularistas y altamente penetrados de ideología, y de intenciones de manipulación. Se niega lo positivo, se amplifica y mistifica lo negativo que, en todo caso y en mayor o menor grado, es o puede ser superable. Todo ello no deja sin embargo, de impactar en sectores involucrados de modo directo o indirecto en los problemas de la educación universitaria, en la opinión pública, en tomadores de decisiones en el Estado y en la sociedad civil. La crítica con frecuencia desinformada y sesgada, la desconfianza y el escepticismo, sirven para justificar el retaceo o negación de recursos y posibilidades, y la opción a favor de otras alternativas. Se desemboca así en una *profecía automatizada*: la crítica sirve para justificar restricciones y efectos negativos que a su vez alimentan las insuficiencias y deterioros que se señala y, en una segunda vuelta de tuerca, vuelven a ser usados contra la universidad.

En la Universidad Nacional y otras instituciones públicas de educación superior, sus situaciones, problemas y conflictos parecen entrar en contradicción con tendencias y finalidades del neocapitalismo tardío; del conservadurismo modernizante y su reformulación recientemente actualizada como neoliberalismo; de la integración en el proyecto y el proceso de globalización, con todos sus requerimientos y coacciones; de las variedades de autoritarismo político que todo ello demanda o suscita. Estrategias y políticas al respecto parecen actuar en varios niveles interrelacionados.

En primer lugar, la formación de los altos dirigentes y de los cuadros medios, y una parte significativa de las tareas de elaboración cultural-ideológica—pero no la investigación científica y la innovación tecnológica—, son en mayor o menor grado transferidas a instituciones elitistas de (pretendido o real) alto nivel. Es el caso de universidades privadas, centros de posgrado y especialización ubicados en el país; todos ellos con nexos estrechos con centros ubicados en los países altamente desarrollados. A estas instituciones se les otorga un trato preferencial en términos de: reclutamiento selectivo; asignación de considerables recursos de diverso origen (privado y público, internos y externos); altas remuneraciones; in-

fraestructura adecuada; conexiones con centros de poder del Estado y las empresas privadas del país y del extranjero; prestigio y estatus para los propios entes y para sus profesores y egresados; garantía y probabilidad de acceso a funciones y cargos importantes, en buenas condiciones ocupacionales.

En segundo lugar, se dan intentos de imponer a ciertos sectores de las universidades públicas, pautas y finalidades de la universidad y la empresa privadas bajo la égida del mercado, para adaptar sus actividades y productos a intereses y exigencias de tipo particularista. A este respecto, se propone y se trata de imponer la importación y la copia, con diferentes grados de adaptación, de modelos externos.

Lo anterior se manifiesta e instrumenta a partir y a través de proyectos de aplicación en la universidad pública y de propuestas de patrones de eficacia, eficiencia y productividad, correspondientes a los que se tiene en cuenta y aplica en el sistema de producción y de distribución, en la empresa privada y el mercado, y en la competencia a escala de la economía y sobre todo la global.

En tercer lugar, el retaceo y la entrega más o menos condicionada de los recursos siempre insuficientes para la universidad pública, parece apuntar a la aceptación y el fomento de su deterioro en condiciones y resultados; de las campañas de descrédito; de la conversión del campus en una especie de *ghetto* social y político; de la conveniencia o necesidad de sus más o menos lento o rápido desplazamiento y extinción.

Las repercusiones que tiene la crisis de la sociedad y el sistema político sobre la universidad se interiorizan en ella, se amplifican y despliegan en su seno, dan lugar a manifestaciones específicas con realidad y dinámica propias, que a su vez vuelven a actuar sobre la sociedad y el sistema político.

El crecimiento y la masificación de la universidad pública se reflejan en el aumento de sus responsabilidades, de su capacidad instalada y del costo y gasto por alumno, que se contradicen cada vez más con una creciente insuficiencia de recursos. Estos provienen de un presupuesto usualmente otorgado según criterios a veces inadecuados, de donde se obtienen recursos no siempre usados de manera racional y eficiente. Por impacto del crecimiento inadecuado y las sucesivas crisis, los recursos presupuestarios disminuyen en términos reales y vuelven por ende insuficiente la capacidad instalada

fraestructura adecuada; conexiones con centros de poder del Estado y las empresas privadas del país y del extranjero; prestigio y **estatus** para los propios entes y para sus profesores y egresados; garantía y probabilidad de acceso a funciones y cargos importantes, en buenas condiciones ocupacionales.

En segundo lugar, se dan intentos de imponer a ciertos sectores de las universidades públicas, pautas y finalidades de la universidad y la empresa privadas bajo la égida del mercado, para adaptar sus actividades y productos a intereses y exigencias de tipo **particularista**.

A este respecto, se propone y se trata de imponer la importación y la copia, con diferentes grados de adaptación, de modelos externos.

Lo anterior se manifiesta e **instrumenta** a partir y a través de proyectos de aplicación en la universidad pública y de propuestas de patrones de eficacia, eficiencia y productividad, correspondientes a los que se tiene en cuenta y aplica en el sistema de producción y de distribución, en la empresa privada y el mercado, y en la competencia a escala de la economía y sobre todo la global.

En tercer lugar, el **retaceo** y la entrega más o menos condicionada de los recursos siempre insuficientes para la universidad pública, parece apuntar a la aceptación y el fomento de su deterioro en condiciones y resultados; de las campañas de descrédito; de la conversión del campus en una especie de **ghetto** social y político; de la conveniencia o necesidad de sus más o menos lento o rápido desplazamiento y extinción.

Las repercusiones que tiene la crisis de la sociedad y el sistema político sobre la universidad se interiorizan en ella, se amplifican y despliegan en su seno, dan lugar a manifestaciones específicas con **realidad** y dinámica propias, que a su vez vuelven a actuar sobre la sociedad y el sistema político.

El crecimiento y la masificación de la universidad pública se reflejan en el aumento de sus responsabilidades, de su capacidad instalada y del costo y gasto por alumno, que se contradicen cada vez más con una creciente insuficiencia de recursos. Estos provienen de un presupuesto usualmente otorgado según criterios a veces inadecuados, de donde se obtienen recursos no siempre usados de manera racional y eficiente. Por impacto del crecimiento inadecuado y las sucesivas crisis, los recursos presupuestarios disminuyen en términos reales y vuelven por ende insuficiente la capacidad instalada

frente a la demanda acumulativa de ingreso y servicios que tiende a ser desatendida.

De manera general, la Universidad Nacional sufre las consecuencias de las inadecuaciones evidenciadas en las estrategias y políticas educativas del Estado y los sucesivos gobiernos. Ellas han tendido a dar prioridad a clases, grupos y regiones en posición más o menos privilegiada, en detrimento de mayorías nacionales con necesidad y carencias e índices dramáticos de baja o nula, y en todo caso, inadecuada escolaridad (indígenas, campesinos, marginales del campo y la ciudad, asalariados y dentro de ellos mujeres y niños, aunque, cada vez, más también las clases medias). La insuficiente cobertura (en términos cuantitativos como cualitativos) de las necesidades de educación de estos sectores, a través de los sucesivos niveles (pre-escolar, primaria, secundaria), se van acumulando y repercutiendo de nivel en nivel hasta llegar a la educación superior.

El aflujo masivo de estudiantes que provienen de niveles educativos previos en continuo deterioro se manifiesta, primero, en un promedio de baja calificación de aquellos y luego en la saturación de carreras, la deserción escolar, los porcentajes decrecientes en la cobertura de créditos y en la titulación de pregrado, maestría y doctorado. Un amplio abanico de presiones (formales e informales) se ejerce para ampliar matrícula y disponibilidad de personal y servicios, para el abatimiento de las exigencias académicas, en el ingreso y durante las carreras, y en cuanto a los estudiantes, docentes e investigadores.

El gobierno y la administración de la universidad no siempre han estado exentos de rasgos elitistas y oligárquicos, con mecanismos, instrumentos y procesos de cacicazgo, clientelismo y cooptación, aunque en coexistencia con otros elementos y rasgos que reflejan avances reales en el proceso de democratización.

El Estado ha garantizado la existencia, la continuidad y la autonomía de la universidad. Sin embargo, ha regulado su organización y funcionamiento, mediante el financiamiento público y la disponibilidad presupuestaria, diversas formas de injerencia y de control directo e indirecto, la reglamentación de los grados académicos y del ejercicio de las profesiones, el recurso a la cooptación y la apertura de posibilidades de carrera política y funciones públicas. Las fuerzas y estructuras de poder, públicas y privadas han contribuido a reducir

la capacidad de la universidad para adaptarse a los cambios y promoverlos; para crear e innovar; para enfrentar y superar problemas, conflictos y crisis; para su propio progreso y para su contribución al desarrollo nacional.

Esto se ha manifestado en la acumulación de necesidades, demandas, tareas y responsabilidades; de subgobierno e **infraadministración**, en condiciones de sobrepoblación de la universidad y de escasez de recursos; de agobio de trabajo para autoridades, docentes, investigadores y trabajadores; de disminución del rendimiento y la creatividad. El descontento y la protesta ante el deterioro de las capacidades y logros de la Universidad Nacional, la exigencia de modificaciones que lo contrarresten, retroalimentan la explosión de necesidades y demandas que es parte crucial de la crisis.

En reacción a la crisis de la Universidad Nacional, se ha tendido ante todo a la expansión de su aparato, de su **pekonal**, poderes y funciones. El personal y el aparato administrativo tienden a crecer y centralizarse; acumulan poderes, ventajas y mecanismos de **autoexpansión** y **autoreforzo**. De ser medios tienden a convertirse en fines. Logran apoyo de grupos de interés, dentro y fuera de la Universidad Nacional. Contribuyen a generar o a reforzar polos de poder, feudos, mandarinatos, patronazgos y clientelas, corporativismos, situaciones consagradas, atrincheramiento de intereses creados, lo cual encuentra justificación ideológica en diferentes discursos. Así, por una parte, un discurso que identifica los altos valores y objetivos de la Universidad Nacional con la conservación más o menos intacta o actualizada de las formas tradicionales de la academia, de la sociedad y el sistema político. O bien, por otra parte, el discurso sobre la igualdad de oportunidades, la justicia social, la libertad intelectual y política, el sindicalismo, la universidad-pueblo o la universidad-revolución; la prioridad a la educación de masas que se identifica con una apertura general e indiscriminada de la educación superior virtualmente a todo el mundo, con aceptación del riesgo de una baja generalizada de los niveles de exigencia y logro.

La reducción de los niveles de compromiso, de exigencia y productividad, afectan cada vez más a un número creciente de estudiantes, profesores, investigadores y profesionales. Son desdeñados o postergados los intereses, fines y exigencias de tipo académico,

científico, tecnológico, cultural, social y nacional. Se reducen los estímulos para la realización de vocaciones, la capacitación, la superación, la emulación, la competencia, el logro y el uso de más y mejores aptitudes y conocimientos, el servicio a la sociedad. La selección a la inversa lleva, por una parte, el desaprovechamiento y a la pérdida de buenos estudiantes, docentes, investigadores y tecnólogos y, por la otra, al privilegio de las actitudes y prácticas de irresponsabilidad, mínimo esfuerzo, aventurerismo, particularismo, corrupción.

A la preparación insuficiente en todos los sectores se agrega la caída del sentido de responsabilidad, del deber de cumplimiento del amor al trabajo bien hecho, de la productividad y la calidad de los productos, así como la disociación entre enseñanza, investigación, innovación y difusión. Una parte de los buenos académicos se pierde por su éxodo interior al gobierno y el sector público, y al sector privado; también por su éxodo exterior hacia centros extranjeros y organismos internacionales.

En lo que a la fuga de cerebros respecta, el sistema educativo en su conjunto, y sobre todo la Universidad Nacional, forma lenta y dificultosamente una élite de profesionales y especialistas, de científicos y tecnólogos de alto nivel, reclutados sobre todo en los sectores urbanos de las clases medias. Al mismo tiempo, la estructura de la sociedad mexicana (y latinoamericana) condiciona una escasa demanda de ciencia y tecnología y una baja percepción de su necesidad para el país; la relativa precariedad y la mayor o menor insuficiencia de las instituciones de investigación e innovación, de formulación y realización de políticas y planes. Es por consiguiente débil la influencia local en la orientación de la ciencia y la tecnología, condicionada y hasta determinada por los grandes intereses y objetivos, generales y sectoriales, de las academias y de las corporaciones y Estados de los países desarrollados a los que están asociados los esfuerzos científicos que se realizan en ellos.

Las prioridades, patrones y modalidades de la ciencia y la tecnología son fijadas, primordial si no es que exclusivamente, en los países altamente desarrollados, y reflejan los intereses socioeconómicos, políticos y académicos actuantes e influyentes en su seno. Los dirigentes y principales miembros de la comunidad científica del mundo desarrollado, que la controlan y orientan, contribuyen deci-

sivamente a modelar a muchos de sus colegas de México y América Latina según sus intereses, patrones y modas y según las situaciones y necesidades de las metrópolis. Les impone prioridades en cuanto a orientaciones, temas y actividades, con frecuencia alejadas de las propias realidades nacionales, así como una escala de valores, criterios de evaluación y mecanismos de distribución de **estatus** y prestigios. Tienen lugar así situaciones y tendencias significativas de **emigración interior**. Los investigadores de México y América Latina son inducidos a seguir los patrones y modas del mundo desarrollado, y a incorporarse a los programas internacionales. La investigación directamente relevante para las necesidades socioeconómicas y científicas de los países en desarrollo, tiende a parecer sin interés ni calidad. Adquiere importancia una actitud imitativa, a la vez efecto y causa de una falta de confianza en las propias capacidades y posibilidades y en las del propio país para pensar y realizar estrategias y políticas, movilizar recursos y darles uso adecuado, avanzar en la dirección de una investigación-desarrollo autónoma. El resultado es un trabajo científico que, además de subfinanciado y suborganizado, resulta con frecuencia de poco interés o relevancia en cuanto a las características y exigencias de la economía y la sociedad en que se cumple, y que tampoco contribuye a la mayor y mejor capacidad de respuesta ante los múltiples retos planteados por las crisis y las políticas de ajuste.

Esta situación estructural contribuye a favorecer una fuga interna de cerebros que se agrega a la fuga externa. Por las razones indicadas, los científicos y tecnólogos resultan menos aptos para **articularse** a las condiciones y posibilidades actuales del país que a las de los países avanzados. Están por lo tanto más expuestos a los estímulos y atractivos (materiales, psicológicos, culturales y profesionales) de los países centrales. En México y América Latina, la producción de profesionales y especialistas universitarios crece a una tasa mayor que la del crecimiento económico. Las instituciones socioeconómicas, políticas y científicas encuentran graves dificultades para absorberlos y **utilizar** sus conocimientos. Mientras los gobiernos de México y de los países latinoamericanos en general han ido renunciando de hecho a movilizar internamente y en un grado significativo esta reserva humana altamente calificada que ha formado a sus expensas, el mercado profesional de los países **avan-**

zados ha tenido —por lo menos hasta hace poco **tiempo**— una alta demanda que cubrir con personal nacional pero también con el proveniente de países menos desarrollados, y ofrece contextos más adecuados y una gama de atractivos. De tal manera que estos recursos, valiosos y escasos, constituidos por la intelectualidad **científico-tecnológica** del tercer mundo, son transferidos hacia las metrópolis desarrolladas para su beneficio, en detrimento de las propias necesidades y posibilidades de desarrollo autónomo.

Finalmente, en la fase reciente y actual, la tendencia a privilegiar el mercado y el sector privado para un camino de crecimiento subordinado a la globalización en marcha, no **sólo** alimenta la fuga de cerebros, "el inevitable desplazamiento del capital humano hacia las áreas donde el capital financiero se concentra", sino que contribuye a la modificación de la perspectiva y valoración al respecto. Hasta hace aproximadamente dos décadas, la fuga de cerebros era criticada y rechazada, por implicar una pérdida de recursos humanos calificados, necesarios para un desarrollo independiente como función de la construcción de la nación. En el contexto del crecimiento subordinado al mercado y a la participación en la integración económica internacional, lejos de considerarse como un acto de traición a los objetivos de la construcción de la nación, la movilidad de cerebros adopta nuevas **connotaciones** que derivan de la ideología mercantil. La iniciativa individual se impone sobre la responsabilidad colectiva. La movilidad pasa a ser considerada, no como una pérdida, sino como una forma de participación de algunos ciudadanos de la nación en la economía global. Se toman en cuenta, también, las ventajas indirectas, el dinero enviado a casa por los que trabajan en el extranjero. Finalmente, se tiene la esperanza que a mediano plazo el hijo pródigo regrese y traiga consigo las habilidades y técnicas adquiridas en el **exterior**.¹²

La insuficiencia permanente, no superada y agravada por el incremento y acumulación de demandas y por el descenso de apoyos -económicos, socioculturales, políticos—, de recursos, niveles y logros, afectan las posibilidades de contribución de la Universidad

¹² Guy Neave, "Brains Movility", en *The Quarterly Journal of the International Association of Universities*, vol. 7, núm. 4, Londres, diciembre de 1994.

Nacional a la satisfacción de necesidades prioritarias de ella misma, del país y del Estado, y al enfrentamiento exitoso y superación real de la crisis del desarrollo nacional.

El proyecto de universidad se vuelve insuficiente o problemático en sí mismo y en sus interrelaciones con un actual o un posible proyecto nacional de desarrollo, también crecientemente problemático y también cuestionado en sus supuestos, contenidos y resultados, lo cual incide en la planeación, organización y funcionamiento de la Universidad Nacional y en sus principales niveles, aspectos, actividades y logros.

Ante los impactos combinados de la frustración y del agotamiento del proyecto de crecimiento cuantitativo y modernización social y de inserción subordinada a la globalización económico-política en marcha, de la tercera Revolución Industrial y de la nueva división mundial del trabajo, el desafío para el Estado y la nación, y para la Universidad Nacional, gira alrededor de la capacidad o incapacidad de decisión autónoma sobre los modos de generación y uso de los recursos nacionales, en qué sectores, con prioridad de cuáles investigaciones e innovaciones, para la producción de qué recursos humanos. Eso resulta indispensable para la definición del perfil, la ubicación de México y de la Universidad Nacional Autónoma de México en un siglo XXI que ya ha llegado hace tiempo.

rfi